

Del P.O.U.M. a las purgas en la URSS

“**E**L País” ha realizado el domingo un ejercicio deslumbrante de facciosidad con el fin de exculpar a Santiago Carrillo del genocidio de Paracuellos. Nada de extraño tiene que “El País” defienda al Partido Comunista y a sus hombres con tan disciplinado fervor y tan significativa metodología. Y no lo digo por aquella acusación de haber recibido 31 millones del PCE, no desmentida con la convicente energía que aguardaban los lectores “liberales”. Se trata sólo de la apreciación razonable de un lector asiduo.

Cinco laboriosas arañas se han esforzado en tejer un tapiz de sofismas, cuyas apoyaturas dialécticas son muy evidentes: Madrid estaba en peligro de ser barrida a sangre y fuego por los *moros*; todos los presos más de 8.000 miembros de la *quinta columna* y por consiguiente un peligro permanente para la *retaguardia republicana* y una fuerza potencial muy estimable para Franco, si llegaba a rescatarlos con vida; las órdenes las daba el Gobierno legítimo desde Valencia, del que Santiago Carrillo era simplemente un disciplinado funcionario, y las ejecutaban milicianos incontrolados, nunca comunistas; Santiago Carrillo era un muchachito inocente que nunca se quitaba la corbata burguesa, por lo que los bestias de la CNT quisieron apiolarle; y aunque Santiago Carrillo tuviera alguna relación con el genocidio de Paracuellos, los deudos de aquellos le besan hoy en las mejillas, conscientes de que cumplía su deber en defensa de la República y de que le asistían las mismas razones que a los que mataron a García Lorca, con prólogo de Gil Robles. Por lo demás, nadie sabe el número de los *asesinados en Paracuellos*, pues hasta allí fueron llevados por los fascistas otros miles de cadáveres desenterrados aquí y allá con objeto de hacer bulto y poseer siempre un arma arrojada contra el infeliz Santiago Carrillo, cuya paternal consideración final, termina por hacerle brotar a uno lágrimas de gratitud: “Nos ha costado mucho convencer a nuestra gente de que es necesario hacer la reconciliación; estamos luchando por eso desde 1956. Si se hurga y se hurga, es muy peligroso en la situación que estamos. Y fomentar ese peligro es la intención política de los hombres que agitan esto”.

Conviendría aclarar a Santiago Carrillo que el recuerdo de Paracuellos no hubiera adquirido dimensiones políticas actuales de no haber sido por su presencia provocadora. Si los mandos del Kremlin, de los que Santiago Carrillo ha sido siempre un siervo ejemplar, han decidido ofender a los españoles, haciéndole venir como secretario general del PCE, sólo puede ser por dos motivos: para convertirle en mártir propiciatorio y en justificación de una campaña de interven-

cionismo, o precisamente para fomentar ese peligro cuya intencionalidad atribuye Carrillo a quienes le acusamos.

Entre las historias de Caperucita Roja que nos cuentan los cronistas disciplinados de Santiago Carrillo, figura una coartada para explicar el porqué de la defensa tomada por Ruiz-Jiménez: Justicieros milicianos comunistas arrebataron a Ruiz-Jiménez y otros no identificados de manos del grupo que pretendía darles el *paseo* y fusilaron allí mismo a sus miembros. Nunca hasta ahora habíamos escuchado esa hermosa y fraternal historia, que de ahora en adelante será incorporada a las preces de las misas que otician los curas-paco del movimiento “cristianos por el socialismo”. Existen otras historias, pero al revés. Esta, por ejemplo: los últimos *paseos* los dió en mi ciudad un piquete perfectamente diseñado para tales menesteres en el organigrama del PCE. Estaba ya avanzado 1938. Los cadáveres de los componentes del piquete aparecieron tendidos en medio de la calle de Ramón y Cajal, con unos rótulos colgados del cuello que rezaban: “Así hace justicia la CNT”. Lo cual concuerda con un lapsus que el Partido no perdonará a los autores del contradictorio reportaje *histórico* de “El País”. Al transcribir el relato de un antiguo estudiante tradicionalista, hoy arquitecto”, inquilino durante aquellos meses trágicos de las cárceles de Ventas, Alcalá de Henares y Duque de Sesto, olvidaron suprimir esta frase: “En Duque de Sesto era director Melchor Rodríguez, el anarquista que luego sería director general de Prisiones, y allí no había ya sacas”. La historia de Melchor Rodríguez y su enérgica hombría de bien, son de sobra conocidas. No obstante, Melchor Rodríguez, aunque de la CNT, era también en la cárcel de Duque de Sesto, y luego en la Dirección General de Prisiones, un funcionario disciplinado, como pretende haber sido Santiago Carrillo. Con la diferencia de que Melchor Rodríguez no permitió que donde él mandaba se hicieran *sacas* con destino a Paracuellos ni para ningún otro sitio mientras Santiago Carrillo hizo lo contrario. ¿Por qué Santiago Carrillo, de cuya biografía sustraen sus defensores el episodio referente a la persecución de su padre por el Partido, no hizo entonces lo que Melchor Rodríguez, en vez de presentarse ahora como si hubiese sido entonces un angélico congregate, de cuya dirección espiritual se encargara el padre Llanos y de su adoctrinamiento temporal Ruiz-Jiménez?

La lectura de lo que debiera haberse titulado “Alegato en defensa del democrático hermano en Cristo Santiago Carrillo”, me ha hecho dedicar casi toda la noche a viejas lecturas y recuerdos: Castro Delgado, Jesús Hernández, Pelayo de Hungría, el Campesino, Lister...

De las conversaciones con algunos de ellos, existen anotaciones muy valiosas, al igual que de las confidencias de una persona que estuvo muy cerca de Carrillo durante los largos años de exilio bien retribuido por la Unión Soviética. Juan López y otros viejos y ejemplares cenetistas, entre ellos el lugarteniente de Durruti, proporcionaron a diversos profesionales una valiosa información complementaria que con la anterior ha incrementado el fondo de un silencioso historiador, cuyo parto, que puede estar próximo, conmocionará a Europa.

De todo ese material emerge la evidencia de una prolongación terrible del genocidio de Paracuellos hasta fechas muy próximas. Quienes en todo ese amplio periodo controlaban los instrumentos de represión del PCE, tienen sobre sí no sólo la sangre *enemiga*, sino más caudal aún de sangre de miles de miembros de otras organizaciones del Frente Popular y de muchos cientos de camaradas del Partido.

Santiago Carrillo y sus epígonos, podrían ilustrar a los españoles sobre algunos asesinatos políticos que quedaron sin autor atribuible en el periodo anterior al Alzamiento en su mayoría cometidos por las MAOC. Pero interesaría, sobre todo, un relato minucioso del exterminio del POUM, que costó la vida, mediante el estereotipado tiro en la nuca, a cerca de veinticinco mil trotskistas. La operación la dirigió Palmiro Togliatti y entre sus ejecutores, además de algunos conocidos comunistas españoles *ortodoxos*, estaba Luigi Longo, quien hubo de reconocer públicamente en Roma, en el curso de una conferencia de prensa, la certeza y cuantía de aquella *purga staliniana en tierra y cuerpos españoles*. Un socialista que, muy joven, vino a Barcelona en las primeras semanas de guerra, posee una valiosa documentación al respecto, que publicará cuando el panorama político italiano cambie a bonanza y se le pase el miedo. O cuando se decida a trasladarse a los Estados Unidos.

¿Y quien ordenó y preparó el asesinato de Durruti? ¿A quienes hay que cargar la responsabilidad de las matanzas subrepticias de cenetistas y socialistas anticomunistas? La historia del asesinato sistemático de camaradas no termina ahí. No sólo El Campesino, sino cientos y cientos de militantes del PCE refugiados en la URSS y formidables soldados en la lucha contra las tropas alemanas, pasaron por los horrores de la Lubianka y de los más terribles campos de concentración en Siberia. La mayoría de ellos no volvió jamás. Todos los supervivientes señalan unánimes como máximo responsable a la ferocidad enfermiza de la Pasionaria, amancebada con Antón, y cuya conducta depravada y criminal llevó a la muerte a su hijo, según está escrito por el último español que acogió su desesperación antes de marchar hacia Stalingrado. Pero no sólo fue la Pasionaria la responsable del calvario y muerte de tantos comunistas españoles y tantos niños de los que fueron llevados a Rusia. A la implacable máquina de matar montada por Stalin, La Pasionaria y sus hombres de confianza suministraron abundante carne española correligionaria. ¿Motivos? Se le puede preguntar, por ejemplo, a El Campesino.

¿Qué pensarán los supervivientes de aquella vesánica persecución, entre ellos El Campesino? ¿Estará Santiago Carrillo tan libre de culpa como “El País” pretende hacernos creer respecto del genocidio de Paracuellos? ¿O como ahora quiere estarlo en relación con las feroces *represalias* ejecutadas por el *maquis*?

A periodistas e historiadores, no sólo españoles, interesaría mucho, a efectos documentales, un careo sobre la actuación represiva del PCE entre La Pasionaria y Carrillo, de un lado, y El Campesino, Lister y otros a designar, de la otra parte de la mesa. ¿Estaría dispuesto el secretario general del PCE a afrontar el debate, junto con La Pasionaria? Los otros no lo eludirían.

José M. PINILLA

EL ALCAZAR